

(Núm. 2.)

DOÑA JOSEFA RAMÍREZ



NUEVA RELACION

EN QUE SE DA CUENTA DE LOS EXTRAORDINARIOS ARROJOS QUE
HA EJECUTADO ESTA NOBLE SEÑORA CON LO DEMÁS QUE VERÁ

EL CURIOSO LECTOR

PRIMERA PARTE

A la que es Madre del Verbo,
MARÍA, Señora nuestra,
la pido humilde y postrado
me dé gracia, con que pueda
referir a mi auditorio
la más infausta tragedia
y el infortunado caso
que sucedió a una doncella.
Prestadme atención os ruego.
En la ciudad de Valencia
nació de muy nobles padres
la hermosa doña Josefá;

con nobles procedimientos
crióse aquesta Minerva.

Apenas cumplió esta niña
diez y ocho primaveras,
muchos galanes la rondan
sus celosías y puertas,
y entre tanto pretendiente
la adoraba muy de veras
un principal caballero,
don Pedro de Valenzuela;
al fin la escribió un billete
que con rendidas ofertas

la dió parte de su amor;
la dama, como discreta,
con otro le corresponde
a su pretensión atenta,
diciendo: «Señor don Pedro,
yo estimo vuestra fineza;
ya sabéis cómo en mi casa
soy la única heredera,
y veo, señor, difícil
de que mis padres consientan
que yo con usted me case;
mas esta noche en la reja
de mi jardín os aguardo
a eso de las diez y media.
Dios os guarde, caballero,
quien os estima y venera,
doña Josefa Ramírez,
como humilde esclava vuestra.»
Con esto cerró el billete,
y a un paje con diligencia
le manda que le llevase,
el cual fué con gran presteza,
y a don Pedro se le dió
en propia mano y lo besa.
Rompió la nema y leyó
lo que ya expresado queda,
deseando que la noche
tendiese el manto de estrellas.
Llegó la citada hora,
pronto se halló en la reja,
hizo una seña y salió
aquesta diosa y Minerva,
aquella estrella de Venus,
tan bizarra como atenta.
Saludáronse corteses,
y entablaron conferencia,
dándose pruebas de amor;
cuando en estas diferencias
le acometen dos malvados,
a don Pedro con violencia;
dos estocadas le dieron
por las espaldas, tan recias,
que las heridas crueles
hasta el pecho le penetran;
y como un león herido
sacó la espada, y con ella

a los dos acometió,
pero poco le aprovecha.
Ellos se escapan huyendo,
y el triste joven dió en tierra,
diciendo: — Difunto soy,
perdóname, amada prenda.
Esta voz que oyó la dama,
cayó amortecida en tierra;
volviendo en sí del letargo,
decía de esta manera:
— ¿Qué es eso que me sucede?
¡Cielos!, ¿qué desgracia es esta?
¿Qué he de hacer? ¡Ay de mí triste!
¡Oh fortuna tan adversa!
¿Adónde hallaré yo alivio
en tanto tropel de penas?
¡Ya no tendré yo sosiego
hasta que de cierto sepa
quiénes son los alevosos
que con tan grande inclemencia
a don Pedro dieron muerte!
Toda en lágrimas deshecha,
jura que se ha de vengar
a pesar de las estrellas.
Se retiró a su aposento
como una leona fiera;
se despoja de su ropa,
tomando capa y montera
y un rico colete de ante,
calzón de la misma pieza,
zapatos a lo moruno
y rica media de seda;
una charpa con dos pistolas,
también su espada y rodela,
y un trabuco que pendiente
de su cintura lo lleva.
Luego partió a un contador,
y sacó de una gaveta
hasta doscientos doblones,
y se ausentó de Valencia.
Entre unos montes se oculta,
y de noche daba vuelta.
Iba a las casas de juego,
donde todo se conversa;
jugando estaba una noche
y otros señores con ella,

sin saber con quién hablaban del caso la dieron cuenta.

— ¿Dicen que don Leonardo y don Gaspar de Contreras salieron con gran sigilo de la ciudad de Valencia?

Doña Josefa responde:

— ¿Pues qué cosa les molesta a esos nobles caballeros para salir de su tierra? ¿quizás irán a algún pleito de alguna de sus haciendas, que quien tiene mayorazgos nunca le faltan quimeras.

— No es mal pleito el que les pasa — ellos dieron por respuesta —, pues son los que dieron muerte a don Pedro Valenzuela.

Disimulando su enojo, respondió con gran reserva:

— Mucha fuerza se me hace, ni me es posible que crea que estos nobles caballeros hiciesen acción como esa, que fuera gran villanía, y les asiste en sus venas sangre noble, y esto basta saber que hay quien los defienda, y eso no se puede hablar sin saberlo por muy cierto.

— Sabed que es mucha verdad lo que os digo, y si no fuera, nada me importa el decirlo.

Mas ella con gran cautela respondió: — Dios los asista.

¿Adónde el viaje llevan?

Y ellos mismos la informaron que iban a Cartagena.

Salió del juego diciendo:

— Buena suerte ha estado esta, ya tendrá mi pena alivio si se me logra la idea.

Y montando en el caballo, que al céfiro puso rienda, a Cartagena marchaba con muy pronta diligencia.

Llegó una tarde feliz a eso de las dos y media;

en un mesón se apeó, y a la huéspeda dijera:

— Cuideme de este caballo, que presto daré la vuelta;

y sin desarmarse fué a la playa, por si encuentra

alguno de sus paisanos que tanto verlos desea;

no los pudo descubrir, y hacia el mesón dió la vuelta;

y a la patrona la dijo que previniese la cena,

y que le hiciese la cama en una sala que tenga

las ventanas a la calle, sin darla a entender su idea.

Apenas anocheció, pronto se puso a la reja

de la ventana, escuchando cuanto en la calle conversan.

Oyó decir a unos hombres así estas palabras mismas:

— Para mañana en la noche tenemos función muy buena

en casa de don Juan Mansilla, porque en su casa se hospeda

dos famosos caballeros, naturales de Valencia,

y quiere obsequiarlos; mas no quiere que se sepa,

porque allá han tenido un lance contra un hombre de prendas...

Tente, hombre, no prosigas, calla tu imprudente lengua,

que no sabes quien te escucha, porque si bien lo supieras

no dieras cuenta a tu amigo.

¡Oh, cuánto más nos valiera muchas veces el callar!

que el que no habla no yerra. Séneca muy bien lo explica

en una de sus sentencias. Ya satisfecha del caso se quedó doña Josefa;

apenas amaneció hizo vivas diligencias por descubrirlos, y al fin en la playa los encuentra. De que los tuvo presentes les dice de esta manera: — ¿Me conocéis, caballeros? Sabed soy doña Josefa, aquella a quien agraviasteis en la ciudad de Valencia; vengo a tomar la demanda por don Pedro Valenzuela, que habiendo muerto mi amante poco importa que yo muera. Sacan los tres las espadas y a la batalla se aprestan, y a dos idas y venidas le alcanzó doña Josefa al valiente don Leonardo una estocada tan recia, que le pasó por el pecho dando con su cuerpo en tierra; esto que vió don Gaspar, cerró con doña Josefa; mas poco le aprovechó, porque ella con gran destreza le pasó por el costado, y a los dos difuntos deja. Se consternó la ciudad y acudió con gran presteza el señor gobernador para llevársela presa. Mas ella con arrogancia

dijo: — Sepa su excelencia que mi espada a nadie teme aunque un ejército venga; dijo, y chocando con ellos, a uno toma y a otro deja. Tres alguaciles mató, y en medio de esta refriega se le ha quebrado la espada; echó mano con presteza al trabuco que traía, y a barrer la calle empieza. Conque llegó a refugiarse dentro de la misma iglesia del Seráfico Francisco, donde a curar se queda dos balazos, que llevaba muy mal herida una pierna. Buena ya de este incidente pidió a los padres licencia para salir del convento, y mandó que la trajeran el caballo que tenía en un mesón de allí cerca. Fué un donado y se lo trajo, y agradeció la fineza. Sin ser de nadie sentida se salió de Cartagena. Y ahora Pedro de Fuentes a aquesta plana primera da fin, y en otra segunda dará noticias enteras en lo que vino a parar la hermosa doña Josefa.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Ya dije
amparada
de Cartag
llena de
doña Jose
que marc
de Catalu
al encuen
siete ban
los recon
Del caba
de aquest
— Aparta
presto, q
o le quita
al que fue
Esto dijo
con tan b
el trabuco
de un tiro
que los ca
y los otro
se pusier
mas la da
sin punto
se hizo fu
de los sie
y los otro
ya con he
y no les
que ella
y de mer
les otorg
metió la
y dice: —
quitar est
y al soplo

SEGUNDA PARTE

Ya dije como salió,
amparada del silencio,
de Cartagena una noche,
llena de mil pensamientos
doña Josefa Ramírez,
que marchaba para el reino
de Cataluña. Una tarde
al encuentro la salieron
siete bandidos, mas ella
los reconoció al momento.
Del caballo se desmonta
de aquesta suerte diciendo :
— Apartarse del camino
presto, quitarse de en medio,
o le quitaré la vida
al que fuese desatento.
Esto dijo, y disparó
con tan bellissimo acierto
el trabuco, que se lleva
de un tiro los tres primeros,
que los cogió perfilados;
y los otros que esto vieron
se pusieron en campaña;
mas la dama con esfuerzo,
sin punto de cobardia,
se hizo fuerte contra ellos;
de los siete mató cinco,
y los otros dos huyeron
ya con heridas de muerte,
y no les valió por eso,
que ella arrogante los sigue,
y de merced la pidieron
les otorgase las vidas;
metió la mano en su pecho,
y dice : — Para estar segura
quitar estorbos de en medio;
y al soplo de dos pistolas

ambos se los dejó muertos,
y montando en el caballo
como quien nada habia hecho.
Llegó, en fin, a Barcelona,
adonde supo de cierto
que ya la andaba buscando
su padre, con gran anhelo;
y al instante determina
vender el caballo y luego
embarcarse para Roma,
sin reparar en los riesgos
que puedan sobrevenirle,
como adelante veremos.
Se embarcó, en fin, en las ondas
del salado mar soberbio,
y fué su suerte tan mala,
que a los dos dias se vieron
de corsarios argelinos
infelices prisioneros.
Desembárcanlos en tierra,
y a pregones los vendieron;
compró a doña Josefa,
en un moderado precio,
un renegado muy rico,
hombre de mucho respeto,
que por sus buenos conceptos
era atendido en el pueblo.
Preguntóle a su cautivo
por su nombre, y al momento
respondió : — Pedro me llamo,
señor, al servicio vuestro.
— ¿En qué oficio te ocupabas?
— El oficio que yo tengo
es, señor, maestro de armas.
— En buen oficio, por cierto.
te ejercitabas, cristiano;
mas darte otro pretendo.

¿Tú no sabes escribir?
— Algo entiendo también de eso;
no con tanta perfección,
porque usado no lo tengo.
Viendo su disposición,
le entregó todo el manejo
de su casa, y al instante
mandó su amo a dos negros
que tenía, la enseñasen
la arábica lengua, y ellos
lo pusieron por la obra,
y aprendió en breve tiempo.
Tan buena cuenta le daba
a su amo, y tan contento
le tenía, que no sabe
qué hacerse con su escudero.
En este tiempo la mora,
mujer de su amo mismo,
al buen Pedro regalaba
y hacía algunos cortejos;
un día que salió el amo
a caza con los monteros,
le llamó y le dijo a solas :
— Cristiano, yo por ti muero;
yo no duermo ni descanso;
en mí no cabe sosiego;
me has robado el corazón;
yo me abraso en vivo incendio,
y si merezco la dicha
de que premies mis afectos,
te prometo que serás
dichoso en aqueste pueblo.
Por no descubrir su sexo,
con muy buenos argumentos
don Pedro la disuadía
de aquesta suerte diciendo :
— Mirad que soy vuestro esclavo,
y que si no tengo hierros
esta es merced que me hace
mi amo por ser tan bueno;
y pues que de mí se fia,
hacerle ofensa no quiero;
y así, señora, dejadme,
y no toquéis más en esto.
Viendo la mora el desaire
que el paje la había hecho,

jura por el gran Mahoma
que ha de vengar su desprecio.
Apenas entró su esposo,
le salió al recibimiento
aquella falsa enemiga,
le echó los brazos al cuello,
y con un llanto fingido
le dijo : — Poned remedio
en vuestra casa, señor,
porque el mayordomo vuestro
quiso, atrevido, ofenderte;
muy lascivo y deshonesto,
a mi aposento se arroja;
trajo consigo este acero
o puñal; con amenazas
quería lograr su intento.
Mas yo como una leona
me levanté de mi lecho,
se le quité de la mano,
el cual, veslo, aquí le tengo.
Salió fuera el renegado
enfurecido y soberbio,
a sus criados los manda
de que prendan a don Pedro
en una obscura mazmorra
y lo cargasen de hierro,
y que no le diesen agua,
tampoco el mantenimiento
y que allí se moriría
pagando su atrevimiento.
Un moro piadoso había,
compadecido de verlo,
que al descuido de su amo
le llevaba el alimento,
y también le daba agua,
con cariñosos afectos,
que entre los infieles hay
también nobles sentimientos.
Y al cabo de quince días,
por ver si se había muerto,
visitóle el renegado,
y luego que vió a don Pedro
vivo, ha tomado un cordel
para azotarle soberbio,
y al tiempo de descargarle
le dijo : — Señor, teneos,

y advertid que es falso todo por lo que estoy padeciendo: yo soy mujer, no soy hombre; y para prueba de aquesto un pecho le manifiesta; la dice: — Basta con esto. De la prisión la sacó dándola abrazos muy tiernos. La dice: — Cristiana, amiga, por mi Profeta te ruego que me reveles la causa de haber mi esposa este enredo contra ti trazado; entonces le contó todo el suceso. Viendo esto el renegado, iracundo y muy soberbio, dijo: — Juro por el Alcorán y la ley que fiel profeso, que he de ejecutar con ella el castigo más acerbo que hayan visto los nacidos, para que sirva de ejemplo. Mandó al punto el renegado que la prendan, y al momento ejecutan el mandato de su amo, y la metieron en una obscura mazmorra, mientras se encendía el fuego. Llena una tina de aceite, y luego que estuvo hirviendo, a la mora la trajeron y se lo echan por el cuerpo. Mandó apartasen la tina y que la arrojen al fuego, donde feneció la mora, pagando su atrevimiento. Y al cabo de pocos días, con felices pensamientos ha llamado el renegado a aquel hermoso portento de doña Josefa, y ella acudió luego al momento.

— Vos, señor, ¿que me mandáis?
— Venios a mi aposento, y a solas os lo diré, que es de importancia el secreto;

ya sabéis doña Josefa, la voluntad que os tengo, y sólo de vos me fio para descubrir mi intento. Pretendo pasar a Roma y ser de mi culpa absuelto y después el recogerme en un sagrado convento. Tú te pasarás a España, que ya prevenido tengo dos mil doblones, los cuales entre los dos partiremos; mira que te vas mañana, pues hoy se halla en este puerto un tratante mercader, a quien pagado le tengo el viaje, y con él vas segura de todo riesgo, y pasa por Alicante, de España famoso puerto. La entregó los mil doblones atados en un lenzuelo. Se fué a recoger su ropa y joyas de mucho precio que tenía, y todo junto lo encerró en un arca, y luego mandó el amo la llevasen al navio, así lo hicieron. Embarcóse el renegado, y aquel hermoso portento de doña Josefa, y ambos a Alicante se vinieron; tiernamente se despiden, y él con grandes deseos su viaje continuó, siéndole feliz el viento; en breve tiempo llegó a Roma con gran contento; pasó a ver a Su Santidad, parte le dió del suceso, y confesando sus culpas con grande arrepentimiento, en un convento se acoge, donde llorando sus yerros hizo grandes penitencias, y pasó a gozar del reino

del Cielo. Pero volvamos a la dama que en bosquejo la dejamos hasta aquí con ánimo muy resuelto; en Alicante compró un caballo, y a los vientos imitaba en su carrera por lo veloz y ligero. Pasó a Valencia, y en ella, entró con mucho secreto; se informó de sus padres, y supo que estaban buenos; una noche determina disfrazada de ir a verlos, y a eso de las oraciones fué a su casa con deseos. Llegó a la puerta, y, tocando, a abrirla salió un buen viejo, y ella cortés le pregunta, quitándose el sombrero : —¿Vive aquí el señor don Juan Ramírez y Marmolejo? —Sí, señor — le respondió —. Y entró al instante a verlo. Se sentaron lado a lado, y dijo : — Sabed por cierto que vuestra hija, señor, hoy se halla en este pueblo; tres años y medio ha estado metida en un cautiverio; sirviendo, no como esclava, porque era absoluto dueño de la casa de su amo, y al cabo de aqueste tiempo, le ha dado la libertad

y gran porción de dinero. Don Juan, que atento escuchaba las razones del mancebo, al oírlo se enternece y lloraba sin consuelo : — ¡Ay, hija de mis entrañas! ¡Oh, si permitiera el Cielo que yo la viera en mi casa, cesaran ya mis desvelos, diera vado a mi tristeza, mis congojas fueran menos! La madre por otro lado hacía su sentimiento. Del asiento se levanta, y arrodillada en el suelo, dijo : — Cese vuestro llanto, que a vuestra hija estáis viendo, y ahora, padre y señor, perdonar mi grave yerro, y lo que pretendo es meterme en un monasterio. Lo pusieron por la obra, entrándose en un convento de religiosas Franciscas, donde vivió dando ejemplo. Aprended, mozas doncellas, y mirad los muchos riesgos en que se vió aquesta dama por defender a su dueño. Y dando fin a la historia, antes de cerrar el pliego, Pedro de Fuentes suplica al auditorio discreto que le perdonen las faltas que tuviesen estos versos.

FIN

MADRID. - Despacho : Librería y Casa Editorial Hernando (S. A.), Arenal, 11.



Sobera
Madre de
amparo d
palma, lu
dad á mi
que si la
contar un
de los mu
En la ci
y en su lu
vivía un g
tan noble